

Un empirista catalán

[Publicado en la Revista Hispano Cubana, 2, 1998, pp. 200-202]

Recensión del libro de Valentí Puig, <i>El hombre del abrigo</i> , Destino, Barcelona 1998, 270 páginas, 2300 pts.
--

Valentí Puig ha salido airoso de una prueba realmente ardua por el estilo y por el objeto: componer un retrato ajustado de Josep Plá, un maestro de las descripciones y de la reflexión, y hacerlo al hilo de su obra escrita, un asombroso océano de páginas sobre las más variadas cuestiones que, a lo largo de una vida realmente intensa, fueron siendo sometidas a la disección de una inteligencia extraordinariamente mordaz y exigente y a la evaluación de un escéptico insobornable y pesimista.

Uno de los méritos de *El hombre del abrigo* es dejar claramente establecido el catálogo de las cosas excelentes que Plá admiraba y amaba (al tiempo que una enumeración de sus desdenes), una teoría de Plá que no es sino su retrato, un autorretrato de algún modo, porque las palabras del ampurdanés tienen un peso cuantitativo extraordinario en el texto de Puig. Un texto que, por otro lado, se lee con enorme facilidad sin que el intercalado continuo de las palabras de Plá y las de Puig nos haga tropezar nunca ni nos lleve al extravío. Lo más que hace Puig, además de hacer hablar al hombre de Palafrugell es colocar las ideas de Plá en un entorno de universalidad, sacar de ellas un fruto que no siempre habría advertido el lector de Plá.

Puig comienza haciendo un elogio de Plá, lo que, de ser una necesidad, resultaría bastante incomprensible para cualquiera no contaminado por las absurdas pequeñeces puristas que se han producido a propósito de Plá en el seno de la cultura y de las letras catalanas. Cualquier lector no catalán de Plá encontrará incomprensible que se haya de justificar la admiración por un escritor de categoría incuestionable. Desde luego que

los temas de Plá interesarán más a los catalanes y a los españoles en general que, por poner un contrapunto lejano, a los birmanos. Pero un gran escritor es más que el mundo que lo acoge, es una mirada que tiene valor universal para cualquiera que lo lea, y otro de los aciertos de Puig es hacernos palpar la universalidad de la palabra de Plá.

El capítulo II del libro se ocupa de señalar el papel absolutamente excepcional de Plá en la literatura catalana, la trascendencia que para su actual vitalidad ha tenido la ingente capacidad creadora del ampurdanés. Puig se decanta suavemente hacia la idea de que los prosistas, aun más que los poetas, son quienes dan vida a una lengua. Los textos de Plá poseen, además, un ritmo narrativo extraordinario, de manera que su obra ha permitido a la lengua catalana recuperar su vitalidad, una energía que había muerto en la época de Montaigne (y de Cervantes). Plá fue, por lo demás, consciente de esa misión suya: "fundir la lengua y el pueblo es darle un espíritu. Es la primera obligación de un escritor".

El capítulo III se consagra a sistematizar las opiniones de Plá sobre el siglo XX, un siglo al que Puig califica como "el siglo de la megamuerte", con expresión de Brzezinski. Plá, cuya experiencia vital podría parangonarse con la de un Russell, por ejemplo, conoció de primera mano una buena parte de los monstruos del siglo: las guerras, los totalitarismos, la barbarie. Los comentarios de Plá son absolutamente certeros desde su primera juventud a la hora de distanciarse de las enormidades que este siglo ha perpetrado; costaría mucho trabajo encontrar en Plá una línea complaciente con el dictador de moda (otra cosa es que alabase más o menos ocasionalmente a Salazar, pero Salazar nunca estuvo de moda), o un juicio ligero que los años obligaran a ocultar. Su lucidez fue pasmosa, virtud que tal vez emane de la misma condición personal que ha llevado a que muchos le considerasen "un anticomunista visceral". Cuando, además, la acuidad se administra con ironía, con humor, el don es efectivamente impagable. Como dice Puig, "más de un escritor político vendería su alma al diablo por haber escrito con tanta lucidez como Plá cuando relata el advenimiento de la Segunda República", tal vez las páginas más memorables que se vayan a escribir jamás sobre esa circunstancia española.

En el capítulo IV Puig se pelea con la batallona cuestión de las relaciones entre ficción, realidad y narración. Como existe el paradigma de que el creador de *mundos*, como absurdamente se escribe tantas veces, es el escritor que está en la cumbre, algunos mentecatos podrían sentir la tentación de colocar a Plá entre los cultivadores de géneros

presuntamente menores como el memorialismo o los testimonios locales. Hay que reconocer que los que piensan así tienen un problema, y que su dolencia se puede agravar a nada que conozcan el *dictum* de Plá sobre la solidez mental de quienes después de los cuarenta años leían sólo novelas. Puig diagnostica acertadamente la posición de Plá al atribuirle la no aceptación de la definición de Baroja (un autor que, por otra parte y como le advirtió a Puig su padre, tanto tiene que ver con Plá): la literatura es darle fin a lo que no lo tiene. Plá prefirió siempre la vida que acaba pero no concluye, claro que ya Baroja había dicho también que había que dejar las conclusiones para los imbéciles.

Los dos últimos capítulos (Orden y libertad, Clemencia y responsabilidad) los dedica Puig a exponer el pensamiento de Plá en materias políticas y morales, su idea del individualismo, de la libertad y de los sentimientos. Plá es un liberal de pies a cabeza, uno de los pocos liberales que ha aguantado a pie firme los embates de las sirenas autoritarias y colectivistas que tan sibilinamente han ejercido su atracción en este siglo. Plá es un hombre de orden, al que preocupa la estabilidad de la moneda (vivió en el Berlín en que el dólar llegó a valer billones de marcos) y la posibilidad de que las gentes puedan emplearse y comerciar. Libertad interior, absoluta, pero la sociedad tiene que organizarse sobre unas normas fijas, serias, mínimas. Plá comprende que la sociedad no da más de sí, y se alegra de pertenecer a un país pequeño que ya no puede hacer grandes barbaridades; es inteligente y egoísta, y se aferra a la tierra porque no cree que se pueda construir el paraíso, porque apuesta porque baste con no reincidir en el holocausto y en la revolución que no sirve para nada. Puig acaba sus páginas hablando de esperanza y de piedad, sentimientos que Plá recoge de la religión y a los que no tiene otro remedio que acogerse cuando se le ofrece el espectáculo del horror que ha sido tan cotidiano en este siglo.

Al terminar este retrato de Plá se le conoce mejor que antes y se le comprende un poco más; pero sobre todo se experimenta una violenta necesidad de volcarse sobre las miles de páginas de Plá que, como él dijo del paisaje de nuestra tierra, nunca defrauda.

José Luis González Quirós

jlgonzalezquiros@gmail.com

<http://jlgonzalezquiros.es/>

